

LA PERSISTENCIA GUARANÍ

INTRODUCCIÓN

POR

ÓSCAR CALAVIA SÁEZ

Universidade Federal de Santa Catarina, Brasil

¿Qué ha sido de los Guaraní? En algún momento previo a la conquista ellos dominan una parte importante de la América del Sur; están presentes desde la primera hora en las páginas de las crónicas; son co-protagonistas de una de las empresas más famosas y controvertidas de la historia de América, a saber las misiones jesuíticas; su lengua es durante mucho tiempo la única lengua indígena con estatuto de lengua oficial en un país americano; proporcionan al imaginario nacional de varios países emblemas que pueden encontrarse en una novela, una ópera, un equipo de fútbol o una moneda; y en fin son una de las etnias indígenas más nutridas, y la que puede rastrearse en una mayor extensión territorial de todas las Américas. Y sin embargo la imagen de los Guaraní, en el medio americanista, no se adecua a esas dimensiones. La bibliografía a respecto de ellos es, ciertamente, inmensa, como lo atestigua la guía publicada ya hace casi veinte años por Bartomeu Meliá, quien contribuye a este volumen con una valiosa actualización y un comentario crítico sobre los caminos y los meandros de esa producción. Pero a pesar de sus dimensiones, esa bibliografía es un enclave con límites bien definidos, que hace muy escasa referencia a los estudios ajenos a ella, y que, simétricamente, tiene muy poco eco en el resto de la cada vez más vasta producción de la etnología de las llamadas Tierras Bajas americanas. El resultado es que para el lector no especializado —incluyendo a veces al lector especializado en la etnología de regiones vecinas— los Guaraní continúan siendo los neófitos de las misiones jesuitas clausuradas hace más de dos siglos, o a lo sumo los protagonistas de esa odisea migratoria descrita por Kurt Nimuendaju, a principios del siglo XX, en un trabajo de larga influencia. Las contribuciones a este monográfico muestran, denuncian o en algunos casos comienzan a superar este aislamiento.

Quien escribe estas líneas no tiene más disculpa que la curiosidad a la hora de organizar y prefaciarse un volumen sobre un tema del que desconoce casi todo. Es, en la medida de lo posible, uno de esos especialistas en Tierras Bajas Americanas que echan de menos una mayor circulación de la información sobre los Guaraní en

el medio americanista, y que, al aproximarse a esa literatura tan próxima y tan ajena, encuentran un paisaje sumamente familiar, lleno de interesantes sugerencias. Pero hay también otra razón circunstancial: mediante estas páginas se pretende dar un eco mayor en el ámbito de difusión de la Revista de Indias a la creciente visibilidad de los Guaraní, especialmente en el sur de Brasil. En los últimos años los grupos Guaraní, acostumbrados a moverse discretamente en los difíciles intersticios de uno de los territorios más densamente poblados de Sudamérica, han sentido la voluntad o la necesidad de presentar reivindicaciones territoriales, al mismo tiempo imprescindibles para su supervivencia como grupo y críticos para un modo de vida ejemplarmente vinculado a los desplazamientos frecuentes.

Con las inevitables lagunas que imponen la disponibilidad de espacio y las circunstancias no siempre favorables de los autores convidados (a los que agradezco aquí su colaboración, también en los casos en que ella acabó por no ser posible) este monográfico ha sido pensado como una revisión general del estado actual de la etnología y la etnohistoria Guaraní, reuniendo en primer lugar textos que podrán servir de guía introductoria a un lector interesado. Junto al dossier bibliográfico de Bartomeu Melià, precioso en este sentido, cumple este objetivo el artículo de Francisco Noelli, que nos aporta una visión general de los datos arqueológicos sobre los Guaraní, compendiando los avances recientes de la tradicionalmente difícil y deficitaria arqueología de las Tierras Bajas americanas, y ofreciendo buenos ejemplos de las posibilidades de su combinación con las fuentes documentales. El artículo de Ivori Garlett y Valeria de Assis, por su parte, enfrenta la ardua tarea de cartografiar la dispersión actual de los grupos Guaraní y de evaluar su peso demográfico, un trabajo que nada tiene de simple, debido a la precariedad de los censos en áreas rurales, a la propia invisibilidad —frecuentemente intencional— de los protagonistas, al constante movimiento de los grupos y, en fin, a la existencia de un ramillete de fronteras que son bastante permeables en lo que se refiere a las poblaciones pero que no lo son tanto para la circulación de informaciones en el medio científico. El mapa que sigue a esta introducción, basado en su mayor parte en las informaciones de ambos, no pretende más que ilustrar, de un modo forzosamente impresionista, una distribución en centenares de mínimos asentamientos cuyo registro exacto sería una empresa aparte, quizás en rigor imposible.

El énfasis que Assis y Garlett ponen en los Guaraní-Mbyá se equilibra con los artículos de Rubem Thomaz de Almeida y Fabio Mura sobre los Guaraní-Kaiowá (o Paĩ-Tavyterã) de Mato Grosso y con el de Silvia Hirsch sobre los Chiriguano del noroeste argentino, aclarando los márgenes de una bibliografía que en los últimos tiempos viene privilegiando el área Mbyá. Estas cartografías suponen, claro está, hablar de territorios, y por lo tanto de conflictos territoriales, pan de cada día de la población indígena desde que, con la creciente colonización de sus tierras por las sociedades nacionales a lo largo del siglo XIX, dejó de ser vistas como una fuente potencial de mano de obra cautiva para convertirse en un obstáculo para la ocupación agraria. En el Paraguay, en el litoral brasileño, en el

Mato Grosso, o en cualquier otro lugar, el derecho indígena a la tierra está lejos de resolverse con el reconocimiento constitucional, y sólo se efectiva por medio de tortuosos (y de vez en cuando violentos) procesos que implican, junto o frente al movimiento indígena, a menudo nada monolítico, a gobiernos centrales y regionales, grandes empresas o pequeños colonos, instituciones internacionales, ONGs e iglesias. Los artículos de Garlet & Assis, y de Almeida & Mura, además de los datos sobre demografía y distribución, trae a cuento una discusión —y una toma de postura— sobre los posibles accesos a la tierra, y sobre el valor del criterio de tradicionalidad en tales procesos.

La religión es, y ello no podría sorprender a nadie, el otro gran tema del monográfico. El texto de Graciela Chamorro, con un fino examen de fuentes etnohistóricas y etnográficas, cumple en este caso el cometido de ofrecernos un panorama —amplio en el tiempo y en el espacio— de la religión Guaraní, y de sugerir, ya desde su título, la pluralidad de esa experiencia. Como varios autores de este monográfico nos dicen, los Guaraní despiertan instintos teológicos en sus estudiosos. La Palabra guaraní, por su propia elocuencia y por los ecos que despierta en autores vinculados más de cerca o más de lejos a una tradición cristiana no menos verbal, tiene un efecto casi obsesivo sobre quienes se acercan a ella. Durante mucho tiempo, la pregunta que surgía de ese juego de espejos era la del quiñón que en él correspondería a las tradiciones indígenas y a las contribuciones misioneras. Agotada, más que por la mucha tinta dedicada al asunto, por la imposibilidad de ser en último término respondida, se ha visto substituida por otra cuestión más acorde con las revisiones recientes de la historiografía y la etnología, a saber la de la capacidad de la literatura etnográfica de «crear» problemas etnográficos que después se esfuerza vanamente en resolver. Los trabajos de Irma Ruiz y Cristina Pompa, respectivamente sobre la dimensión celeste de la cosmología guaraní y sobre el complejo de la Tierra sin Males (referido en este caso al conjunto tupí-guaraní) van por ese camino, examinando las genealogías de algunos conceptos dudosos consagrados por largas genealogías de especialistas. No hay peligro de que tales discusiones sobre la filología o la historia de la etnología se vean confinadas al interés erudito. La noción de la Tierra sin Males, en particular —tan poco exótica a fin de cuentas en nuestra tradición, y que en manos de la izquierda cristiana ha rebasado el ámbito indígena y sirve como lema a luchas por la tierra aún más amplias— acompaña siempre, o incluso sigue como una sombra, a los Guaraní, sea en libros y artículos sea en la actividad política, hasta el punto de que cabría dudar de que un Guaraní actual, confrontado a las expectativas de sus aliados en las ONGs o en las universidades, pudiese sentirse lo bastante auténtico o genuino si no estuviese de algún modo en pos de esa famosa *Yvy marãey*. La política indígena o indigenista en las Tierras Bajas pasa actualmente, para bien y para mal, por conceptos de cultura e identidad.

La Tierra sin Males —con sus diversos avatares: el del dramatismo exótico, el místico, el político, el ecológico— campea en los dos polos de un temario

Guaraní que siempre parece repartido entre cuestiones territoriales y religiosas. Para el organizador del volumen esa polaridad tiene algo de frustrante: la etnografía Guaraní deja sentir la falta de una mayor densidad en un campo intermedio entre lo sagrado y lo profano; o, para ser más concreto, entre esa sacralidad interior de la Palabra y esa profanación representada por la invasión de los hombres blancos. En este volumen hay vacíos significativos que en general son los mismos de la bibliografía Guaraní en su conjunto. Uno de ellos, común por lo demás a la mayor parte de los grupos indígenas sudamericanos, es de tipo cronológico: la calidad de las fuentes, y el prestigio que en cualquier narración se reserva al origen y al desenlace, se han conjugado para que se sepa muy poco sobre los Guaraní del siglo XIX, una edad media singularmente oscura, que este monográfico no contribuye a iluminar. Otro corresponde a la organización social y al parentesco: debido a la adscripción teórica de sus etnógrafos, y al empuje totalizador que ha solido tomar el discurso religioso, poco se ha dicho sobre las tramas sociológicas que sostienen los desplazamientos Guaraní, o sobre la heterogeneidad interna que matiza o mueve a ese pueblo en continua marcha. En el terreno de la etnopolítica de las Tierras Bajas, en que lo más común es llevar al extremo y consagrar oficialmente la segmentación de las identidades, llegándose a una pléyade de «etnias» diferentes a partir de diferencias culturales y lingüísticas muy tenues, los Guaraní son con una cierta facilidad tratados en bloque. Aunque los trabajos aquí presentados se refieran en general a unidades menores, como Mbyá (que en cierto modo han venido a representar en la actualidad el paradigma de la «pureza» guaraní), Chiripá/Ñandeva o Kaiowá, puede sobrevivir en esa taxonomía la ilusión de «tribus» estables y bien definidas, adecuadas a la líneas netas que se esperan de las sociedades «primitivas» y a una acción política que recurre constantemente al concepto de «comunidad». Hay que advertir, sin embargo, y en esto el artículo de Silvia Hirsch sobre aquellos que sólo por comodidad llamamos Chiriguano es especialmente expresivo, que la movilidad de las identidades, su carácter situacional y perspectivo, no son menos visibles dentro del conjunto Guaraní que entre los otros pueblos de las Tierras Bajas. Mucho se podría decir, por ejemplo, sobre la construcción y el ascenso reciente de la categoría Mbyá; pero habrá que esperar para ello a nuevos estudios. El trabajo de Celeste Ciccarone, enfocando las narraciones acerca de una líder religiosa Guaraní, se acerca a esa etnología «de la intimidad» que configura una de las corrientes actuales de la etnología sudamericana, sobre todo de la realizada en lengua inglesa, que privilegia la dimensión doméstica, la producción y el cuidado de las personas, y reivindica de paso una mayor atención al protagonismo femenino; supone así un signo de apertura de la bibliografía Guaraní hacia el resto de la producción amerindianista. En contrapartida, sigue echándose de menos algún eco de esa otra tendencia dominante en la etnología de las tierras bajas, y especialmente en la producción brasileña y francesa, que se centra en el papel de la guerra, de la alteridad o en general de los vínculos sociales negativos. La etnología Guaraní rezuma paci-

fismo, pero es precisamente ese pacifismo el que nos debería hacer meditar cuando se tiene en cuenta el aspecto muy diferente que los Guaraní —conquistadores de vastas regiones, guerreros y caníbales— ofrecieron a sus primeros observadores; la persistencia Guaraní, que una larga serie de ricas fuentes, desde Cabeza de Vaca y Ruiz de Montoya hasta las numerosísimas investigaciones actuales, nos permite calibrar, es también una muestra inmejorable de esos cambios radicales de que está hecha cualquier persistencia indígena en el continente americano.

Y con esto basta ya de hablar de lagunas: dejemos hablar a quien sabe de los vastos paisajes del subcontinente Guaraní.

Post-data: Este monográfico no llegará a las manos de uno de sus autores, precisamente aquél que con más prontitud, ya hace más de un año, había contribuido a su elaboración. Ivori Garlet falleció el pasado día 3 de febrero, a los cuarenta y dos años. Queremos dedicar este volumen a su memoria. La breve biografía que incluimos al final es un homenaje, pero es también un documento valioso sobre el género de relación humana en el que se alimenta una ciencia verdaderamente humana; la trayectoria de Ivori Garlet, que a pesar de haber rendido frutos importantes en el mundo académico tuvo su centro muy lejos de él, en las aldeas y los caminos guaraní, es un buen ejemplo de su versión más noble.

